

sembarcos en las playas enemigas; las ocupaciones del territorio de una provincia, de una isla que sea del enemigo; la toma de las fortalezas por asalto ó por un golpe de mano, ó mediante capitulación, ó la rendición á discreción de la guarnición; el bloqueo y sitio, la ocupación y el derribo de los fuertes.

Cuando se quiere atacar á una fortaleza, ántes de dar el asalto se pasa aviso al comandante de que se rinda. Los ordinarios acontecimientos de un sitio son el incendio de los arbores, el desarme ó la expulsión de los habitantes de la ciudad; el bombardeo, ó como se llama, la abertura de trincheras. Ántes de pasar á esto debe proponerse cuando ménos una vez á los sitiados que se entreguen, y mientras dura, se paran los relojes; no se tocan las campanas; se hacen treguas para recoger á los heridos y dar sepultura á los muertos, y tambien para tratar de capitulación; las intimaciones al comandante enemigo para que se entregue no deben por otra parte ir acompañadas de amenazas de muerte. Muchas veces, así que se toma por asalto una plaza, se permite el saqueo á los soldados; pero jamás incendiarla, ni maltratar á los habitantes que ninguna parte tomaron en la defensa.

Se discutió si son medios lícitos de guerra el envenenar las armas, la comida ó la bebida, y la orden de asesinar al soberano ó al comandante enemigo. Egger, con no pocos antiguos y modernos, los considera segun el mero derecho natural de las naciones como estrategias de guerra permitidas segun y cómo; no pudiendo negarse que en ciertos casos son los únicos de que puede echar mano un legítimo luchador, que es demasiado débil para conseguir su fin por medio de una violencia descubierta, y no puede hacerse ver que este uso se oponga al derecho natural, no habiendo en ellos, propiamente hablando, mas que medios de dar astutamente la muerte al enemigo, que el contrario mismo conoce ser legítima. Á las objeciones de que las armas envenenadas dan la muerte, al paso que sería suficiente la herida, y que envenenar los medios de subsistencia quita tambien la vida á los inermes, y por lo tanto perjudica al derecho de personas terceras desarmadas, y que en ambos casos autoriza la pena de talion, por manera que viene á parar en perjuicio de los derechos de los propios soldados, él responde que, en caso de que no debiera permitirse un medio por motivo de que comunmente no da solamente la herida sino tambien la muerte, tampoco debiera permitirse el uso de armas sangrientas de un modo que suele acarrear la muerte, como es el tiro de fusil á la cabeza ó al pecho. Solo en caso de necesidad puede excusarse el envenenar los medios de subsistencia. Si quisiera tomarse como obstáculo decisivo la posibilidad de dar la muerte á los inermes, tendria que declararse ilícito, en el mismo caso de necesidad, el desviar ó echar á perder el agua para beber, ó el disparar con-

tra un lugar fortificado en que hay ciudadanos desarmados. Prueba demasiado el argumento de la pena de talion. Mandar asesinos suele reputarse como medio impropio á la guerra, supuesto que en el lugar del soberano ó comandante asesinado se pone otro, sin contar las vueltas á que da márgen; pero tambien en esto prueba demasiado la segunda objeción, y en cuanto á la primera, tenemos que el asesinado con su habilidad, su valor y su inclinación á la injusticia podia ser el principal obstáculo para lograr el derecho propio, y por lo mismo despedirle puede ser conveniente para llegar al fin de la guerra. Despues de esto, su conclusión es que, en cuanto á estos medios ó estrategias de guerra, es muy fundada la distinción que hace Grocio entre el derecho natural y el positivo de las naciones.

Tambien se discutió si es lícito, segun el derecho natural, enviar entre los enemigos personas ó cosas infectadas de enfermedades contagiosas, inducir los soldados á la infidelidad, á la alta traición mediante la consigna de una fortaleza, á revelar un secreto de Estado, á la rebelión, ó cuando ménos el aprovecharse de la infidelidad, para conseguir el fin de la guerra. Egger hace notar que debe pensarse del primer medio lo mismo que de los envenenamientos; podrá á veces oponerse la moralidad, pero la ley natural jurídica se diferencia de la ley ética. Excitar á la infidelidad y aprovecharse de ella en derecho natural no le parece ilícito, visto que el público que pelea, no tiene obligación de reconocer derecho alguno material de su adversario, y por lo mismo ni siquiera el de la fidelidad de sus súbditos, en cuanto es un obstáculo á la conservación y garantía del derecho particular ofendido.

Vattel, Lampredi, Schmalz y muchos otros autores declaran ilegítimos los medios apuntados. Martignoni se explica así: « Es evidente la falsedad é inhumanidad de la opinión de los que del derecho de dar la muerte á los enemigos infieren que son indiferentes los medios puestos en obra con este objeto; y por consiguiente van equivocados cuando afirman que no está prohibido por el derecho de las naciones quitar la vida al enemigo con hierro traidor ó con veneno, y malear los pozos y las fuentes; lo cual, como sabiamente dice Floro, no es solamente contrario á las costumbres de los antepasados, mas tambien á la justicia de los dioses. Afortunadamente semejantes atrocidades han sido proscriptas por todas las naciones cultas. Los Romanos, magnánimos en todo, tenían por máxima que las guerras deben tratarse con las armas, y no con los tósigos, y tenían horror á toda especie de traición. Por esto los cónsules Fabricio y Q. Emilio dieron generosamente parte á Pirro de las asechanzas de su médico, que se habia ofrecido á emponzoñarle. Sin embargo, se queda uno pasmado al ver que hombres ilustres se hayan dejado llevar de la idea que no hay mal alguno en

valerse de traiciones y tósigos en la guerra. El origen de tamaño error consistió en creer reos de crimen capital á los enemigos, y por esto infirieron que poco importaba la especie de muerte que acabára con ellos (1). » Lampredi aduce los siguientes motivos: « Ilícito es envenenar las saetas y todas las armas que se arrojan desde lejos, las fuentes y las aguas, tanto porque debes rechazar la fuerza de tu agresor ó del que es tu contrario con el menor daño que se le pueda hacer, como por no ser permitida fuerza alguna contra aquellos inocentes que están dentro de las fronteras enemigas. Por consiguiente no puedes dar la muerte á los que con herirles puedes alejar de la lucha, y no se puede hacer morir con este lento género de muerte ó atormentar con la ira del tósigo al que es permitido traspasar. Y luego van á apagar su sed en las aguas empozoñadas no solo los que llevan armas, sino tambien los que no se meten en guerra, á los cuales hemos dicho que se debe perdonar. Sin embargo, es permitido cortar las corrientes de las fuentes y desviar un rio y adulterar las aguas, con tal que sea sin veneno, para poder por este medio poner á las sitiados en la precisión de entregarse; pues no solo es digno del hombre, mas tambien raya algun tanto en sobrehumano quebrantar la terquedad del enemigo sin estragos y sin sangre (2). »

El derecho positivo de las naciones, ó sea la ley de la guerra que observan las naciones de Europa, prohíbe expresamente envenenar los pozos, las fuentes, las provisiones de boca destinadas así al soberano enemigo, como á los oficiales y soldados que forman el ejército; mandar al ejército enemigo personas infectadas de enfermedades contagiosas, bestias enfermas, carnes empozoñadas, cargar el cañon con piezas de hierro, de vidrio ó con clavos. No es considerado como injusto el uso de la metralla, en el sentido que se le da generalmente, y tambien, en caso de necesidad, de piezas de plomo que no sean enteramente redondas. Está igualmente vedado hacer cargar los fusiles con dos balas, ó con balas angulares ó derretidas con pedazos de vidrio ó con cal. Sin embargo, despues de 1848 ha habido batallas que tambien en este punto han presentado un carácter de ferocidad, ya sea por el nuevo género de balas cónicas, propias á ocasionar heridas las mas desgarradoras, ya sea por las bayonetas torcidas para destrozar, á mas de herir. Y no se reparó ya en lo que ántes era conceptuado como una iniquidad, esto es, romper á los generales y empleados de la nación enemiga, inducir y empeñar á los ciudadanos enemigos en la traición y la sedición,

(1) Principios del derecho natural de las naciones, t. II.
(2) Jur. publ. univ., parte III, cap. 12, § 3.
En la Relación presentada á la Academia de Ciencias de París en enero de 1864, y un Coup d'œil historique et critique sur la législation militaire del baron Edmundo de Beauverger.

pregonar á un soberano, ó al general en jefe del ejército enemigo.

Este modo de provocar á los súbditos enemigos á cambiar la forma de gobierno é inducirles á la rebelión contra su soberano, se reputa lícita cuando el fin de la guerra justa sea el restablecimiento de una forma de gobierno ó de una constitución, que hubiesen destruido ó cambiado hombres rebeldes y usurpadores; ó para sacar á una nación de la situación en que le puso la usurpación.

Segun el derecho positivo europeo toda estrategia que sugiere la perfidia, ó se imagina la crueldad, no puede ser mas que un medio odioso é injusto de guerrear. Es lícita la estrategia cuando solo la destreza, el arte, el talento y la prevision la sugieren á los valerosos y esforzados adalides de los ejércitos y las armadas. Háganse secar los veneros de las fuentes como en Nankin; desvíense los canales de las aguas como en Betulia, plántense cercados en los puertos y diques en los rios, y levántense obstáculos en las lagunas, en las mareas, como hicieron en Venecia los Levantinos, en Holanda los Franceses; pero no se corrompan con cadáveres las aguas, conforme hicieron los Turcos en Didibra; no se envenenen los acueductos, como hicieron los Anficionos contra los Getas, y no se ensucien con tósigo las naves ó con sangre de víboras las armas, como hicieron los Escitas contra los Romanos.

Las potencias de Europa han trabajado cuanto ha sido posible para que fuesen las guerras ménos sangrientas para el género humano, y es de sentir que ahora se vuelva á una ferocidad que hace otra vez las batallas muy sangrientas y mas atroces que en ninguna época.

§ 77. EPILOGO.

La guerra no es el estado natural del hombre; pero las pasiones, en su extravío, no tardaron en producirla. Al principio fué de todos, cada cual defendiendo y atacando, y no se terminaba sino con destruir ó esclavizar al enemigo. Á medida que los hombres se aplicaban á las otras artes, se hizo mas importante el cuidado de asegurar la paz de la multitud, dando á algunos como especial destino la guerra. Así en todos los países una parte de la nación dejó el arado para empuñar la espada; y pudo aleccionarse con armas á propósito, conveniente ejercicio, y constante disciplina, naciendo de aquí el arte de la guerra. Lo mismo que las demas artes, perfecciónase esta con la subdivision del trabajo, y hasta tal punto es el conjunto y el resultado de todos los conocimientos que pudiera deducirse de ella el estado de civilización de un pueblo.

El ejército es la manifestación de la vida de una nación, y no merece el nombre de tal la que carezca de este argumento extremo para resolver los litigios entre pueblos que no tengan

ningun superior. Gruel necesidad; pero mientras duren la arrogancia y la ambicion, el ejército será siempre la garantía de la nacionalidad y de los intereses de un pueblo.

En un principio el hombre combatió aislado, obrando segun sus fuerzas; pero pronto se unió con otros, de manera que las fuerzas de todos formasen un conjunto. De aquí resultaron los cuerpos; los cuales se consideran mas perfectos cuanto mayor es su semejanza con el cuerpo humano, al que aprovecha que las fuerzas y el sustento se repartan en una dosis igual. Por eso los mejores ejércitos no tienen cuerpos escogidos distintos. La formacion de tales cuerpos, su extension, su fondo, su figura, han sido diferentes; pero segun razones y cálculo, no por capricho. Se ha reputado siempre el orden mejor aquel que mas fácilmente se presta á cambiar de disposicion, y á acomodarse á todos los movimientos.

Los ejércitos, tanto en lo antiguo como hoy, son la combinacion de tres especies de fuerzas vivas: fuerza de brazos, de animales y de máquinas, y el arte consiste en hacer de ellos un uso razonable.

La primera fuerza, pues, es el hombre, y no hay máquinas que puedan reemplazarle. Por eso la infantería ha sido considerada siempre por los mejores teóricos como el nervio; los caballos y la artillería son medios que se emplean contra ella para romperla ó disiparla. Solo en la infancia ó en la decadencia del arte ha prevalecido la caballería, ó en aquellos puntos donde la condicion social ha dado importancia ó esta arma, como en el feudalismo y entre los nómadas. El exceso de máquinas y aun de artillería, aunque hoy su transporte sea fácil, disminuye la movilidad, y de consiguiente minora en los hombres el sentimiento de su propia fuerza. La infantería, fundamentalmente constituida por la multitud de los brazos y por la resolucion de los ánimos, es una fuerza esencialmente democrática.

Los Romanos, como los Griegos, propendian á destruir al enemigo con el peso; el frente del ejército se dirigia al centro; una fila sucedia á otra; los proyectiles no servian sino para empeñar el combate, en el cual luego cada uno empleaba su fuerza y destreza. En la edad media se prefirió la caballería: eran rápidas incursiones en el país enemigo, con objeto de devastar y saquear; hasta que Carlos VII estableció los ejércitos permanentes, que poco á poco fueron adoptados por todos. La introduccion de la artillería cambió la faz de la guerra; la caballería se hizo inútil, y adquirieron estimacion la infantería suiza y la española. En la guerra de los Treinta Años, el príncipe de Nassau y el rey Gustavo Adolfo inventaron un sistema regular de táctica; dividir los ejércitos en fracciones convenientes, alojarse en el campo, vestir uniforme, proveerse de picas iguales, ejecutar ataques concertados. De esta escuela salieron Montecúccoli, Turena, Guibert, llenos

de prevision; despues el arte se ensanchó en tiempo de Luis XIV con el sistema de los sitios introducido por Vauban. Los ejércitos eran todavía escasos, infinitos los bagajes; pocos perecian combatiendo, muchos de fatiga y de enfermedades: en el invierno se suspendian las operaciones; las batallas eran rarísimas: de modo que siendo el gasto y los padecimientos en extremo graves, se veían mezquinos resultados.

Federico II conoció la importancia de la prontitud, y creó la táctica moderna: al orden profundo y cerrado substituyó el sutil y extenso; en vez de romper el centro, enseñó á dar vuelta á las alas, y á llevar con falsas demostraciones el mayor esfuerzo al punto débil del enemigo; á multiplicar las piezas de artillería, y á hacer que se cruzasen con el fuego de los mosquetes, de manera que, si el enemigo avanzaba, se encontraba debilitado ántes de llegar á las bayonetas.

En las primeras guerras de la Revolucion, se contaba solo con líneas débiles de infantería, y como era preciso infundir la confianza moral á las tropas voluntarias y desordenadas, volvieron á prevalecer las masas y el orden profundo, y se lanzaban con entusiasmo sobre los cordones austríacos; trabada la batalla en un punto, un batallon sucedia en el otro, y siendo numerosísimos los combatientes, llegaban á aquella cierta distancia en que los enemigos tenian que retroceder, preparándose así la victoria, que completaban luego las reservas. Sin embargo, no se crea que faltase arte á aquel entusiasmo: todas las experiencias y tradiciones se aprovecharon para crear la unidad de ejército, que fué la division, cuyos elementos, como la legion romana, podian apropiarse á todos los terrenos y resistir á cualquier adversario; siendo fácil desparramar los tropas ligeras si el terreno se volvía escabroso, reunirse si se allanaba y estrechar las filas si los soldados eran diezmados; con lo cual se disponian prontamente á una fuerte defensa y á un ataque activo, y se conservaban durante la paz de una manera económica. Estas son cabalmente las condiciones mejores para el cuerpo. Cuando despues se llegó á las manos con Ingleses y Rusos, firmes en su línea, fué preciso volver al orden sutil, en el cual es mas fuerte el efecto material de la mosquetería.

Napoleon, soldado de artillería, empleó de un modo excesivo los cañones, resultando ser las batallas extremadamente mortíferas, aunque no por eso mas decisivas. Tenia cincuenta ó sesenta piezas en sus inmortales triunfos de Italia; mil doscientas cuando sucumbió en Rusia y en Sajonia.

La paz subsiguiente permitió que se pensase sobre la ciencia de la guerra, hasta hacer de ella en realidad el resumen de todas las ciencias, y el triunfo de la inteligencia sobre la mutable fortuna. El genio privilegiado no basta ya para concebir y ejecutar el pensamiento

estratégico, sino que se exige una ciencia militar, extendida hasta los oficiales, que deben vigilar la ejecucion é introducir modificaciones, siempre que el caso lo requiera. La ciencia de la guerra tiene por principio fundamental la aplicacion de las masas, y se compone de tres combinaciones generales; 1ª el arte de abrazar las líneas de operaciones del modo mas ventajoso; 2ª el de conducir las masas con la mayor rapidez posible al punto decisivo de la línea de operaciones; 3ª el de combinar en el punto mas importante del campo de batalla el uso simultáneo de la mayor cantidad de gente armada.

Estos principios seguirán siendo verdaderos, aunque varien los accidentes; pues que la estrategia permanece siempre igual, aunque se mude la táctica. El refinamiento de las armas y de las maniobras hará espantosamente rápida la primera guerra en grande; sin embargo, no parece pueda esperarse, por algún tiempo, un cambio fundamental en las armas de las tropas de tierra, ni hallar otra que supla ó equivalga á la prodigiosa combinacion ofrecida por el fusil con la bayoneta calada (1).

Al contrario, la introduccion de los buques de vapor deberá cambiar la guerra marítima, aun callando lo que auxiliarán á la terrestre, llevando avisos y socorros, y atacando las costas. La teoria del barlovento, base hoy de la táctica naval, caerá cuando ni viento contrario, ni bonanza impidan los movimientos. Se requiere tripulacion ménos numerosa, y sirven tambien personas no demasiado acostumbradas á la vida de mar; por lo cual se encuentra fácilmente quien valga al efecto, y no le queda á la Inglaterra la gran ventaja de tener una inmensa reserva de marina en la tripulacion de los barcos mercantes. Un vapor, aunque pequeño, puede triunfar de un buque grande de vela mal servido por el viento, y es mas seguro y eficaz en sus tiros de artillería desde popa y desde proa.

Se objeta á esto que la caldera y el mecanismo son tan delicados que el menor golpe pone á un buque fuera de combate; que los grandes vapores necesitan inmensas calderas y tal provision de combustible que no queda sitio para las municiones de guerra; que el manejo de las ruedas exige que se formen los buques á cierta distancia, y de consiguiente permiten al enemigo atravesar por entre ellos y desordenar la fila.

Objeciones de esta naturaleza son comunes á toda innovacion, cuyos efectos no se conozcan aun por entero. El vapor fué invencion soberanamente popular, y se ha puesto al servicio de la industria, del comercio, de las comunicaciones: ¿qué extraño, pues, que no se haya aplicado con igual prontitud á la guerra? Pero ya se ha ideado reemplazar las ruedas con el tor-

(1) Escribíamos esto ántes que se generalizaran las armas de precision, las balas cilíndricas, las naves acorazadas, etc.

nillo, colocado en medio, lo cual permite á los vapores alinearse cerrados; hemos visto ya buques de gran tamaño; quizá se aprenderá á economizar el combustible, ¿y quién adivina los futuros progresos de un arte que adquiere proporciones gigantescas, y sin embargo ha nacido ayer? Quizá un día la fuerza que impulsa estos buques, se aplicará tambien á las armas, y podrá lanzar torrentes de agua hirviendo ó una descarga de metralla, ó mover irresistibles hoces que impidan el abordaje.

Entónces podría empezar una nueva era para el arte de la guerra. Pero entónces como ahora será mala la organizacion militar cuando llame demasiados ciudadanos ó demasiado pocos á las armas, cuando honre con exceso á los combatientes, ó los vilipendie; cuando rompa todo freno á la disciplina, ó sujete á los soldados á una que les envilezca; cuando el ejército no sea proporcionado á la nacion: nunca se dudará que el mejor ejército es aquel en que concurren estas condiciones:

- 1ª Buen sistema de reclutarlo;
- 2ª Buena formacion;
- 3ª Sistema de reservas nacionales bien dispuesto;
- 4ª Tropas y oficiales bien instruidos en las maniobras y en el servicio interior y de campaña;
- 5ª Disciplina fuerte, y sin embargo no humillante;
- 6ª Sistema de recompensas y de emulacion bien combinado;
- 7ª Armas especiales (ingenieros y artillería) con la instruccion suficiente;
- 8ª Armamento bien entendido, y si es posible superior en calidad al del enemigo;
- 9ª Estado mayor general capaz de sacar provecho de todos estos elementos, empleado durante la paz en trabajos preparatorios, y con los archivos bien provistos de materiales históricos, estadísticos, geográficos, topográficos y estratégicos.

Materialmente deberá tener el ejército energía, movilidad, agilidad: moralmente deberá haber costado el menor desembolso posible, es decir, causado el menor gravámen á la nacion que está llamado á defender. La economía social se da, pues, la mano con la ciencia militar, y la humanidad corona ambas. Esta última enseña á ahorrar todo padecimiento inútil, é impone como cuidado supremo la conservacion del soldado. Cuanto mas se perfecciona la guerra, menores males causa á la sociedad; se hace en el campo de batalla, no en los pueblos pacíficos ni contra los inermes; los resultados son prontos y decisivos, lo cual abrevia el estado hostil y con él los desastres de las poblaciones.

Hace poco se formó una sociedad para abolir la guerra; celebraba sus reuniones mientras que la Europa ardía en incendios bélicos, y pedía el desarme cabalmente cuando los príncipes reconocían que solo la fuerza de los ejércitos había salvado sus Estados. ¿Nos burlaremos por esto

de ella, considerándola una utopía? Hace cincuenta años habría provocado la risa quien hubiese dicho que no se necesitaba que todos los ciudadanos fuesen militares, y que bastaba tener en pie de guerra un ejército. Sin duda los tiempos en que se ha de abolir la guerra están muy lejanos; tanto como el tiempo en que cesen la arrogancia y la desproporción de las fuerzas; en que las naciones hayan encontrado su verdadero asiento, y la manera de expresar la voluntad de los mas y de hacerla ejecutar poniendo de acuerdo á los que mandan con los que obedecen, para alcanzar un fin comun: la felicidad de cada uno en la felicidad de todos. Hasta que llegue esto, proclamamos que es asesinato toda guerra emprendida por causa no reconocida justa. Desgraciadamente las razones legítimas son aun muchas y están mal determinadas: así se sustituye la ley supletoria, que quiere se economice la sangre y los padecimientos inútiles; venganzas, represalias, son culpas ante el tribunal de la justicia, superior al de los reyes. Un derecho de gentes que pretende justificarlas, citando ejemplos de lo pasado, merece el anatema de todos los que creen en el progreso, y que la violencia debe ceder á la idea y al uso moral de las fuerzas.

Aquel feroz derecho habia gritado: *¡Ay de los vencidos!* y exterminaba las poblaciones y la civilización; pero era porque no se hacia diferencia entre el ejército y la nación. Hoy la Europa civilizada los separa enteramente. Sin embargo, el derecho del vencedor sobre el vencido, aunque mitigado, se deja sentir aun: execrable resto de tiempos en que la política pagana dominaba todavía en los gabinetes, que se titulaban no obstante cristianos. Pero nuestra época proclama que son santas las nacionalidades, y en caso de injuria, el único objeto de la guerra es conseguir la reparación; la única ventaja de la victoria ganar la causa disputada, recibir una compensación por los gastos hechos y garantías contra la eventualidad de una nueva injuria. La nación que sepa tener moderación en la victoria y constancia en los desastres, está reservada para grandes cosas.

Pero aun despues de removidas las causas comunes de guerra, preséntanse de vez en cuando alguno de esos hombres grandes y funestos, ensalzados y maldecidos, á quienes se da el título de héroes, y que arrastran el mundo á los combates. « Las personas ajenas al oficio de las armas no acertarán á concebir la inquietud turbulenta que guiaba á Alejandro al Ganges y á Carlos XII á Pultawa. La guerra es una pasión hasta en los órdenes de la milicia; pero respecto de los que mandan, es la mas imperiosa, la mas embriagadora. ¿Dónde hay un campo mas vasto para el vigor del carácter, para los cálculos del entendimiento, para los destellos del genio? Al hombre que se siente enardecido por la guerra, le producen una especie de embriaguez el hambre, la sed, las heridas, la muerte inminente; la rápida combinación de las causas

indeterminadas con las eventualidades previstas, arroja sobre semejante exaltación un interés de todos los instantes, igual á las emociones que con largos intervalos producen las situaciones mas terribles de la vida. ¿Qué poder ejerce en lo presente el jefe, enfrenando y dando rienda á su voluntad, á la cólera de tantos millares de hombres! ¿Qué supremacía ejerce en lo porvenir el talento, cuyas inspiraciones regularán la suerte de muchas generaciones! Cuando el Dios de Israel quiere postrar á sus adoradores bajo el peso de su omnipotencia, les grita: *¡Yo soy el Dios de los ejércitos!* (1)!

Para hacer mover á un ejército entero como un cuerpo único, defender sus varias partes, y conseguir que todas converjan á la defensa, acudir rápidamente adonde sea necesario, mantener correspondencia con la reserva, con las plazas fuertes, con los almacenes, cambiar á tiempo la línea de operaciones, y salir de los malos pasos, se exige mas que el arte; en ello consiste el genio en los grandes capitanes.

Respetamos el genio bajo cualquier forma que se presente, como la mas excelsa manifestación de la divina llama; veneramos un orden providencial, en cuya virtud parece inevitable la guerra entre la descendencia de Cain y Abel. Digan lo que quieran los poetas y los declamadores, de una batalla puede hoy resultar la suerte de un país, esto es, la libertad ó el envilecimiento; pero tambien es verdad que esa suerte deberá estar preparada por casos anteriores; y asimismo lo es que, sea el que fuere el sentimiento que anime á dos ejércitos combatientes, la superioridad pertenecerá siempre á aquel que sepa conservar por mas tiempo su línea de batalla.

La guerra no es, pues, un mero juego del acaso, un triunfo de la fuerza bruta; eslo, sí, de la fuerza hábilmente preparada, sabiamente conducida, sostenida por la abnegación y por el valor. En consecuencia, importa estudiarla, y proporcionar buen ejército, buenos generales, buenos oficiales, persuadidos de que este grado no es vocación de estado sino vocación de capacidad: y buen ejército no es el que, en instantes dados, sabe lanzarse con valeroso ímpetu, sino aquel que sabe soportar con firmeza los oscuros peligros, la rígida disciplina, la continua subordinación, y resistir constante las pruebas del infortunio. Entretanto, todos convienen en que los ejércitos son exorbitantes, aunque igualmente convienen en que los gastos de la paz armada, gravosísimos á los Estados, no perjudican á los particulares tanto como una guerra batallada. Recuérdense aquellos que invocan como correctivo de los males presentes la guerra, es decir, un mal nuevo, que no remedia ninguno de los otros, antes al contrario los envenena todos. Los que dirigen la vista á lo porvenir, es preciso no olviden que el ejército

(1) Fox.

to federal de los Estados Unidos, esto es, de un país tan vasto como la Europa Occidental, no sobrepasa en número á la guarnición en tiempo de paz de la ciudad secundaria, mediterránea y fortificada donde estoy escribiendo (1). El mo-

(1) Esto es, Milan, y antes de 1848. Desde aquella hora hemos podido hacer ver suficientemente cuánto se ha extendido hasta en países muy pacíficos el frenesí de degollarse. Y los Estados Unidos, desde que estalló la guerra para subyugar á los Estados que querian salirse de la Union, pusieron en órden de batalla, en 1862, 437 navios de guerra de 840,086 toneladas, con 8,026 cañones. En el día se calcula que hay en Europa cuatro millones de soldados, que consumen 3,250 millones de francos por año; de donde proviene la enorme deuda de 58,000 millones, que exige un interés de

mento en que las armas se vuelvan ciudadanas será quizá el del mayor progreso que la civilización pueda, en las presentes condiciones, prometerse; pero antes de llegar á él ¿cuántos pasos le queda que dar á la política, cuántos á la moral!

2,300 millones. Sin embargo aun parece que no bastaban, y despues de la ensangrantadísima guerra del año 1866 todas las naciones están preparando ejércitos de reserva, de manera que se calcula que nada mas que la Francia puede disponer de 1,200,000 soldados.

Se calcula tambien que las guerras desde 1794 hasta 1815 consumieron 5,500,000 hombres. Las desde 1815 hasta 1864 otros 2,750,000. La guerra de Italia de 1859 costó 129,874 hombres. La de 1865 entre Austria, Prusia é Italia 115,000.